



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: ¿Qué tan Latina es Latinoamérica?

Autor: Vargas Martínez, Gustavo

Forma sugerida de citar: Vargas, G. (1990). ¿Qué tan Latina es Latinoamérica?. *Cuadernos Americanos*, 4(22), 91-97.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 22, (julio-agosto de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿QUE TAN LATINA ES LATINOAMERICA?

Por *Gustavo* VARGAS MARTÍNEZ
UNAM, MÉXICO

PARA EL AÑO 2007 se cumplirán exactamente quinientos años del accidentado uso de la palabra América. Se volverá, entonces, a recordar la antigua querella sobre la legitimidad —o puntualidad— de su aplicación a este continente, y tal vez se repita que el hecho cumplido de su aceptación universal se deba a una pretensión dolosa del célebre cosmógrafo florentino. Pero lo que parecerá pertinente, aparte de la apreciación histórica, será sin duda la disputa sobre quiénes son los americanos. Porque el despojo, para esos años, también se habrá consumado y tendremos americanos de primera, americanos de segunda y hasta americanos de tercera acepción.

En ese caso, y el socaire de la recordación que se hace en estos días del viaje de reconocimiento de ruta establecido por los Colón de Liguria, es preciso establecer, una vez más, el alcance del gentilicio.

En rigor, y con precisión histórica, americanos somos los que, autodiscriminándonos nos apellidamos *latinoamericanos*. Los hechos son obvios: sobre el extenso territorio de la ahora América del Sur, a la altura de las selvas centrales que alimentan a los afluentes de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, la mano decidida y acertada de Martín Waldseemüller escribió por vez primera, el 25 de abril de 1507, la palabra América. Al éxito editorial de la *Cosmographiæ Introductio Cum Quibusdam Geometriæ ac Astronomiæ Principiis Ad Eam Rem Necessariis Insuper quatuor Americi Vesputii Navigationes*, que así de largo es el título del folleto de apenas 52 hojas sin foliar, siguió una creciente reimpresión tanto del folleto como del mapa universal que lo acompañaba, y la aceptación del término por sabios como Stobnicza, Schoner, Apianus, Bœulinger, Gaultier Ludd, Leonardo da Vinci. Esta circunstancia es parte

del triunfo de Waldseemüller, tanto más meritorio como involuntario de su parte. La palabra América nació para esta nuestra América.

Cuando el joven humanista de veintidós años Matías Ringman editó la aún hoy apasionante narración de los cuatro viajes vespucianos, escrita el 4 de septiembre de 1504, que el navegante dirigía al gonfaloniero de Florencia Piero Solderini, no se tuvo la intención de menospreciar la importancia de los viajes caribeños de Colón y sus continuadores, sino afirmar la trascendencia del hallazgo continental del Nuevo Mundo, del que ciertamente el florentino era el más atinado expositor. También aquí los hechos aparecen reforzando el uso consagrado, pues la extensión de los cuatro viajes de Vesputio, que cubren desde la latitud 38 norte hasta la latitud 46 sur, y 65 grados de longitud entre el Cabo San Roque y la imprecisada Lariab, frente al raquíutico alcance de los cuatro viajes colombinos, que no salieron del Caribe, que nunca cruzó el Ecuador, que afirmó la insularidad de las nuevas tierras sin percatarse de su continentalidad, o peor aún, reafirmó con temeridad el espacio asiático de tales islas, dejan muy en desventaja las tesis de ligur y consolidan la legitimidad del eufónico apellido "americano". Es, pues, justo el gentilicio, y justo que así se nos llame.

Después de haberse utilizado para designar al Nuevo Mundo durante casi 35 años, sin otra oposición que la de España, que persistió en la tesis colombina de "las Indias Occidentales", y de haber sido difundido el término por Apiano y Schöner en más de cien ediciones y diez mil ejemplares destinados a los universitarios europeos, fue extendido el vocablo América a la parte norte del continente en 1541, por Gerardo Mercator; casi cincuenta años después por Ortelius y por Bleu. No cabe duda de que la palabra América nos pertenece por antigüedad, aplicación cartográfica y uso aceptado indisputablemente durante más de medio siglo.

Hace cien años, con motivo del IV Centenario de 1492, el filólogo Crescencio Carrillo y Ancona, de Mérida, Yucatán, propuso sin fortuna que no había tomado nuestra América su nombre de Américo Vesputio sino al revés; Alberico o Emeric Vesputio, emocionado ante la contemplación de la sierra nicaragüense de Amalik, había decidido trocar su nombre por el muy parecido de la montaña, que en lengua maya quería decir "país donde sopla el viento". Lo afirmó el yucateco no sólo atendiendo a razones fonéticas sino al hecho de que en 19 cartas el florentino firmaba con su nombre de pila y sólo desde 1506 como Americus. Lo que no pudo probar nunca el filólogo fue la historicidad de su aserto: ni los contempo-

ráneos dieron fe de tan importante circunstancia, ni los afectados de entonces —el propio Vespucio y sus amigos—, ni los geógrafos y cosmógrafos, ninguno, afirmó tal parecer. La palabra es indiscutiblemente de origen vespuciano y así aceptada en estos días.

Pero ocurre de un tiempo acá que ya no somos nosotros, los de origen vespuciano, los genuinos americanos, sino que debemos anteponer un prefijo discriminador, un apoyo lingüístico reductor: *latinoamericano*. Y todo porque nos han expropiado no sólo la riqueza del campo y del trabajo, sino que, a la faz del mundo "americanos" son otros, y los primeros americanos hemos tenido que aceptar ese nuevo despojo, tan oprobioso como todos los despojos, y más humillante por cuanto no siendo ricos ni poderosos sino "subdesarrollados", "tercermundistas" y cuando mucho, en "vías de crecimiento", aceptamos diariamente de mala gana un apodo que en otras circunstancias sería honorífico: "hispanos", mejor dicho, "latinoamericanos".

Así, por ejemplo, cuando el presidente de Estados Unidos George Bush rindió el 31 de enero de 1990 el tradicional mensaje a la Nación, se refirió en todas las ocasiones a su país sólo como *América*.¹ Decía Bush que "hay un nuevo mundo de desafíos y oportunidades y hay la necesidad de un liderazgo que sólo América puede dar"; añadía que "un nuevo mundo toma forma y América está en el centro del círculo de la libertad, hoy, mañana y el siglo próximo", porque "la idea llamada América es el nuevo mundo, nuestro nuevo mundo". Y explicaba que los cambios profundos en Europa centro-oriental eran porque, en su sentir, "la idea llamada América se mantuvo en ebullición en toda esa gente" donde "nuestro país fue siempre el sueño dorado de toda esa gente que quiere la libertad". Al lado de la sinonimia de América por Estados Unidos, está la *sinécdoque* de tomar a Estados Unidos por *nuevo mundo* y la altanería de sentirse *sueño dorado* de media Europa. Es aún más significativo el despojo de la palabra América por el presidente Bush cuando se ha observado, en el mensaje de marras, que, contra lo usual en comunicaciones homólogas, en esta ocasión no se mencionó ni una sola vez a la América que reiteradamente llaman *latina* los estadounidenses. . como para que filólogos y semantistas escudriñen en el mensaje alguna nueva filosofía subliminal.

¹ Cf. *Unomásuno*, 1 de febrero de 1990.

² Cf. *El Nacional*, 3 de febrero de 1990.

Parte de la culpa de este desaguisado la tuvo la propia España, que durante siglos tomó a ofensa llamarnos por nuestro nombre. Parte de la culpa la hemos tenido nosotros por dejarnos acuñar un gentilicio no buscado, de corte imperial, e incluso, por hacer la apología del adefesio. Así, pues, fue España la única nación que no adoptó el nombre de América y aun protestó de su aplicación por otros pueblos, nombrándola siempre y hasta finales del siglo pasado, Indias Occidentales; se llegó al extremo de que a fines del siglo xviii se penó el uso de la palabra América. La práctica burocrática significó, a la larga, el abandono del término para uso de los demás pueblos, al punto que América y los americanos pudieron reivindicar su uso como expresión de rebeldía. Fue así como los americanos reivindicaron el nombre dándole una connotación republicana y liberal. Los insurgentes de todo el continente hicieron lo posible por no hablar de *Indias* y el término *indiano* se hizo despectivo. Bolívar utilizó 47 veces la palabra *americano* y siempre para referirse a los de origen español, y sólo tres para acotar asuntos del continente en su conjunto, y así y todo después de 1825, después de Ayacucho. Hidalgo se intituló "generalísimo de América", Rayón en los *Elementos constitucionales* aboga por la independencia de "la América" y el mismo término utiliza Morelos en *Los sentimientos de la Nación*. El Congreso de Chilpancingo, en 1814, si bien utilizó el término *Anáhuac*, pronto hizo uso del específico "América Septentrional" o "América Mexicana". Esto explica que *Indias* quedara rezagado al lenguaje político contrarrevolucionario. Pero si seguimos siendo *americanos*, para evitar confusiones tenidas como desfavorables, propiciamos, desde 1864, el uso de *Latinoamérica* como nombre de nuestro subcontinente y una forma, asaz peligrosa, de identificarnos. En realidad, nos pusimos el dogal al renunciar al apellido legítimo, al topónimo familiar.

Decía el geógrafo neogranadino Joaquín Acosta, en 1848, que gustosos debíamos abandonarles a los americanos de habla inglesa el título de americanos, "porque basta que haya sospecha de usurpación en él para que no se lo disputemos". Pero la verdad es otra: por no disputárselo perdimos el apellido, o lo menguamos para hacerlo aceptable. Por eso —y es todo lo que deseábamos exponer ahora—, si no es halagüeño el iniciar una retoma del nombre, quede al menos una protesta escrita de que a los 500 años nos molesta el atropello. Y es porque el problema tiene que ver con asuntos de identidad y toma de conciencia. Esto es, con la filosofía que se desea para los americanos, para nosotros.

Buena parte de las dificultades que hemos encontrado para definirnos en el mundo se inicia con el problema de saber quiénes somos, pero no por vocación histórica sino por maduro encuadre en el futuro inmediato. Acostumbrados a importar filosofía por vía de filósofos europeos principalmente, estábamos a mediados del siglo XVIII expuestos a que nos ningunearan —feliz expresión vernácula— personas como Buffon, De Pauw, el deán Manuel Martí (quien provocó la espléndida réplica de Eguíara y Eguren), Hegel (quien todavía no inspira una réplica descomunal). El esfuerzo por tomar conciencia de americanos ha sido un esfuerzo por hacer filosofía e historia propias. Todavía es tiempo, creemos, de partir de un reordenamiento de cifras e ideas que haga de esta América nuestra un campo propicio al pensamiento, como ya lo ha sido en la literatura y en las artes.

Es que cuando nos llamamos *latinoamericanos* me pongo a pensar si los negros y asiáticos, que constituyen la mayor inmigración a nuestro continente, se sienten *latinos* sólo porque hablen español, *créole* o portugués, y si los indígenas quechuas y mayas podrían enorgullecerse de las raíces eurocéntricas de la latinidad.

No basta con quejarnos de que no tenemos nombre porque un vecino se lo apropió. Hay que afirmar que no han sido eficaces los pasos dados para cubrir un espacio en la originalidad del mundo, y tenemos que asistir al gran concierto de las ideas asidos de la mano de doctrinas extrañas y prestadas cuando mucho. Algunas argucias como las que de vez en cuando afloran para nuestro consuelo no satisfacen, por la simple razón de que seguimos desconocidos. ¿Cuál es la obra imperecedera, el tratado inmortal, la suma de pensamiento que puede mostrarle al mundo lo que ha sido y puede ser esta América?

Cuando decimos que necesitamos una *historia propia* parece que excluimos la que nos hacen los europeos o la que se hace con la ideología europea. ¿Qué es *lo propio*? Está en nosotros y tenemos que descubrirlo. No en la historia *pre* o *poshispánica*, porque no se trata de continuar un indigenismo romántico cuando cuantitativa y cualitativamente empiezan a escasear los indígenas, y menos aún en la que nos hicieron durante trescientos años coloniales. *Propio* es lo que nos conviene, lo que nos individualiza, lo que nos afirma como identidad, lo que consolida nuestra solidaridad continental americana. Simón Rodríguez sintió esa necesidad definitoria cuando en los albores de la república nos compelia a la originalidad con la consigna "o inventamos o erramos". Pues bien,

en filosofía de la historia hemos errado. La masiva importación de *ismos* filosóficos ha hecho degenerar las ideologías en ideologismos, porque caricaturizamos al forzar lo extraño a lo propio.

La historia de América, como capítulo de la historia universal, y la filosofía de la historia que de ella emana como cavilación ecuménica, ha sido la principal forma de dominación que han ejercido las potencias para disminuir la originalidad americana.

La neurótica búsqueda de cordones umbilicales, asideros y muletas ideológicas que, so pretexto de hacer filosofía, incorporamos a la procesión de los *ismos*, nos ha desgastado. Siervos de las modas, esclavos del pie de imprenta, ávidos lectores de esquemas y clichés de indoctrinación, no hemos tenido tiempo para desarrollar la requerida filosofía de la historia. Nos resistimos incluso a cuestionarnos la capacidad de creación de filosofía histórica, tolerando que ese vacío lo llene la publicidad foránea. No podrá haber filosofía americana hasta que los filósofos no comprendan que primero hay que estudiar historia americana. De las "fatalidades" que oprimían el espíritu humanista de Alfonso Reyes, la más desesperante podría ser la de llegar tarde al Viejo Mundo. Y todo porque la vocación histórica de nuestros pensadores por el deslumbramiento europeo nos impidió el alumbramiento americano: y de objetos de la historia europea o universal, hoy hemos pasado a ser protagonistas de la filosofía americana, vía regia justamente para universalizarnos.

Alguien dijo y ahora lo recordamos: el niño americano que conoce los símbolos patrios en la escuela primaria es un nacionalista sectario; el adolescente que busca ensanchar su mundo es un iconoclasta; el joven estudiante es ya un extranjero; tendremos que trabajar mucho y duro para que a los cuarenta años no sea un traidor.

La toma de conciencia de la dependencia, que sirvió para conducir a nuevas dependencias en el agitado siglo XIX, sólo podrá superarse cuando el hombre americano pueda escribir su propia historia filosófica. Esta prolongada crisis es la que Leopoldo Zea describe en la *Filosofía de la historia americana* como el paso de una enajenación a otra enajenación en una serie de yuxtaposiciones sin posibilidad de absorción alguna.

Lo que faltaba decir, después de cuatro siglos de elogiar el descubrimiento de América y de un siglo de censurarlo, era que, después de todo, América ni había sido presentida, ni adivinada, ni encubierta, ni inventada, sino que simplemente no había sido des-

cubierta, y que así está hasta hoy: falta explicar este inconmensurable e inigualable continente; está todavía virgen América.

Su historia se escribió en Europa durante tres siglos, y la que le hemos confeccionado, del XIX para acá, ha sido una camisa de fuerza para adecuarla a ideología de importación, a filosofía traducida, de suerte tal que el traje le queda estafalario o minúsculo pero siempre fuera de moda. Todavía ahora nos preguntamos si hace falta una cosmovisión americana que vertebralice, priorice, jerarquice y cohesione lo mucho que es América y que tanto trabajo nos ha dado apellidar como propio. Parece ser que la premonición de Hegel no ha variado un ápice en 170 años: "lo que ha ocurrido hasta hoy (1820) en el Nuevo Mundo es sólo el eco del Viejo Mundo, la expresión de un sistema de vida extranjero". Y mientras no se parta de una retrospectiva asentada en la historia natural y social de este continente, será difícil encontrar asidero para una filosofía de lo propio, para una americanística.